

# Joaquín Costa y José Ramón Mélida: ideologías encontradas, redes y trayectorias vitales en la arqueología española a finales del siglo XIX

Joaquín Costa and José Ramón Mélida: conflicting ideologies, networks, and life stories in Spanish archaeology in the late 19th century

DANIEL CASADO RIGALT

Universidad a Distancia de Madrid. Facultad de Ciencias Sociales y Humanidades. Departamento de Historia  
Vía de Servicio A-6, 15, E-28400 Collado Villalba (Madrid)  
daniel.casado@udima.es  
ORCID <https://orcid.org/0000-0002-7463-057X>

TOMÁS AGUILERA DURÁN

Universidad Autónoma de Madrid. Facultad de Filosofía y Letras. Departamento de Historia Antigua, Historia Medieval  
y Paleografía y Diplomática. Despacho 3.4, módulo II  
Avda. Francisco Tomás y Valiente 1, Ciudad Universitaria de Cantoblanco, E-28049 Madrid  
tomas.aguilera@uam.es  
ORCID <https://orcid.org/0000-0001-6913-3424>

En este artículo se publican las cartas inéditas del arqueólogo José Ramón Mélida al político e historiador Joaquín Costa. Datadas en 1882-1896, conciernen fundamentalmente a su colaboración en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*. Tratándose de personajes con trayectorias e ideologías dispares, se repasan los factores confluente de su recorrido previo: la aproximación de Costa a la arqueología y la de Mélida a los círculos progresistas. El encuentro entre ambos motiva ciertas reflexiones sobre la complejidad e importancia de las redes de contacto informales, las dinámicas institucionales y la cuestión ideológica en un periodo turbulento de la arqueología española.

## PALABRAS CLAVE

JOAQUÍN COSTA, JOSÉ RAMÓN MÉLIDA, MANUEL SALES, INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA, HISTORIA DE LA ARQUEOLOGÍA, CORRESPONDENCIA

En aquest article es publiquen les cartes inèdites de l'arqueòleg José Ramón Mérida al polític i historiador Joaquín Costa. Datades el 1882-1896, concerneixen fonamentalment la seva col·laboració en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*. Tractant-se de personatges amb trajectòries i ideologies dispars, es repassen els factors confluents del recorregut previ: l'aproximació de Costa a l'arqueologia i la de Mérida als cercles progressistes. La trobada entre tots dos motiva certes reflexions sobre la complexitat i la importància de les xarxes de contacte informals, les dinàmiques institucionals i la qüestió ideològica en un període turbulent de l'arqueologia espanyola.

#### PARAULES CLAU

JOAQUÍN COSTA, JOSÉ RAMÓN MÉLIDA, MANUEL SALES, INSTITUCIÓ LLIURE D'ENSENYAMENT, HISTÒRIA DE L'ARQUEOLOGIA, CORRESPONDÈNCIA

In this paper are edited the unpublished letters of the archaeologist José Ramón Mérida to the politician and historian Joaquín Costa. Dated to the years 1882-1896, they essentially deal with their common work in the journal *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*. As these characters had very different careers and ideologies, the converging factors of their previous experience are traced: Costas' approach to archaeology and Mérida's links with progressive circles. Their collaboration motivates some reflections on the complexity and importance of informal networking, institutional dynamics, and ideological issues in a troubled period of Spanish archaeology.

#### KEYWORDS

JOAQUÍN COSTA, JOSÉ RAMÓN MÉLIDA, MANUEL SALES, INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA, HISTORY OF ARCHAEOLOGY, CORRESPONDENCE

## 1. Introducción

La biografía se encuentra en una época de cierto esplendor. Un género al alza que no solo ha impulsado la narración, con criterios científicos, de trayectorias vitales individuales. También la prosopografía, la biografía colectiva, la biografía comparativa o la reconstrucción de tramas sociales se han visto favorecidas por esta decantación historiográfica iniciada en las dos últimas décadas del siglo xx, tras mucho tiempo proscrita por el auge de la historiografía estructuralista y la negación del individuo frente a la sociedad (Pujadas, 2000: 127). De tal forma que la revalorización del individuo y su protagonismo, en la coordenada temporal, ha ayudado a dejar atrás las limitaciones propias del cuantitativismo y los determinismos propios del materialismo histórico (Núñez, 2013: 207-208). Esto no significa recuperar sin más la biografía tradicional, sino reconsiderar el papel de las circunstancias personales dentro de los complejos entramados sociales y culturales.

El reto, ahora, no es tanto profundizar en los trayectos vitales del personaje o personajes estudiados, sino desentrañar los códigos de interacción social y profesional desde una perspectiva crítica, principio plenamente aplicable a la historia de la arqueología (Olmos, 1991: 12; Mora, 2003-2005). Se trata de rescatar historias particulares desde el inconformismo de no aceptar etiquetas o prejuicios que se han ido sedimentando en la memoria

colectiva y que requieren ahora de una revisión con la que «vislumbrar los vacíos de la memoria» (Pujadas, 2000: 139). En este sentido, el estudio de la documentación personal, especialmente la correspondencia, ofrece valiosas posibilidades de conectar la experiencia del individuo con fenómenos sociales, a veces invisibles pero determinantes en la configuración de una disciplina, tales como las redes de contacto, el intercambio particular de información o las prácticas institucionales extraoficiales (Díaz-Andreu, 2012: 3-7). La tarea precisa de un ejercicio de abstracción considerable, porque el biógrafo (el historiador, en definitiva) parte asimismo de una serie de experiencias formativas, sociales, políticas, ideológicas, de género y tantas otras, cuya proyección es inevitable con más o menos intensidad. De ahí que el cambio de paradigma, la irrupción de nuevas corrientes historiográficas y las relecturas del pasado conscientes de esa subjetividad sean tan saludables.

Uno de los aforismos más acatados es el de la ideología como eje vertebrador de toda trayectoria biográfica. Tal axioma nos lleva al error de convertir la presunción en certeza y acaba provocando distorsiones historiográficas. Para eludir esta limitación deben establecerse distintos grados de sutileza metódica con los que intentar comprender el papel complejo que juega la ideología en el personaje, evitando la aplicación de estereotipos excesivamente simplistas. Desde este punto de vista, la historia de una disciplina y sus artífices resulta más interesante si consideramos los múltiples condicionantes sociales, políticos y epistemológicos como una realidad fluida, interconectada y cambiante (Moro, 2007). El presente artículo demuestra cómo el apriorismo y el juicio arbitrario esconden matices merecedores de aclaración, sobre todo cuando los biografiados contravienen el principio de afinidad ideológica.

En las siguientes páginas se analiza la relación entre dos personajes poliédricos de finales del siglo XIX y principios del XX, en el ámbito cultural y político, aparentemente distantes en cuanto a posicionamiento ideológico, origen social y trayectoria profesional: Joaquín Costa Martínez (1846-1911) y José Ramón Mérida Alinari (1856-1933). Sus vidas se cruzaron en 1882, cuando se hicieron cargo de la sección «Revista de Arqueología e Historia» del *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* (en adelante, *BILE*), publicación emblemática del pensamiento progresista y modernizador del cambio de siglo. Ya han sido abordados algunos de los artículos que Mérida y Costa firmaron en el *BILE*, desde la perspectiva del arqueólogo Mérida (Casado, 2006: 51-58) y, con un criterio temático, los centrados en el Próximo Oriente (Vidal, 2013: 160-163). Sin embargo, queda pendiente indagar en las motivaciones y circunstancias que devinieron en colaboración editorial, a partir de documentación inédita que verá la luz en este artículo.

El Archivo Histórico de Huesca custodia once misivas fechadas entre 1882 y 1896, firmadas por Mérida y recibidas por Costa, la mayoría relativas a su trabajo en el *BILE*, y otra más de Manuel Sales Ferré, dirigida a ambos, que también concierne a aquella colaboración; incluimos la transcripción anotada de todas ellas en el Anexo. Existen estudios específicos sobre la correspondencia de estos personajes en relación con la arqueología, tanto en lo concerniente a Costa (Díaz Ariño, 2003) como a Mérida (Casado, 2008, 2015; Díaz-Andreu, 2008), pero el peculiar contacto entre ellos apenas ha sido considerado. Partimos de su

trayectoria previa, enfatizando aquellos aspectos que pudieron hacer confluír sus caminos —el acercamiento de Costa a la arqueología y el de Mélida a los ambientes progresistas—, para después desgranar lo que sabemos de su labor conjunta. La trayectoria divergente de ambos y su encuentro, aunque limitado y fugaz, resultan muy reveladores del complicado funcionamiento de las relaciones personales, dinámicas institucionales y condicionantes políticos en una etapa fundamental y controvertida de la arqueología española.

## 2. Joaquín Costa y los arqueólogos

Cuando Costa echaba la vista atrás para analizar su vida, tuvo siempre la convicción de que esta quedó profundamente marcada por la frustración de no poder desarrollar su carrera académica. Las dificultades partían de su procedencia humilde. Era el hijo mayor de un pequeño propietario agrícola en Monzón (Huesca), donde trabajó en el campo en sus primeros años. Empeñado en estudiar, cursó su formación secundaria en Huesca mientras trabajaba de criado para el arquitecto provincial Hilarión Rubio, quien después le ayudó a continuar en Madrid. Entre penurias, en apenas cuatro años finalizó dos licenciaturas y dos doctorados en la Universidad Central, en Derecho Civil y Canónico (1872) y Filosofía y Letras (1873), y en 1874 consiguió por oposición una plaza de auxiliar sustituto de Legislación Comparada. Su capacidad para prosperar en el ámbito académico parecía prometedora, pero dos factores añadieron dificultades a su trayectoria: por un lado, su personalidad orgullosa (agravada por la distrofia muscular que padecía) no lo hizo particularmente apto para los necesarios juegos de influencias; por otro, su abierto posicionamiento político, republicano, progresista y krausista no le benefició en un momento poco favorable.

La Restauración borbónica y el ascenso en 1875 de Antonio Cánovas del Castillo y su ministro de Fomento, Manuel Orovio, conllevó una implacable ofensiva contra los elementos progresistas y krausistas en las instituciones académicas —previamente favorecidos por el aperturismo del Sexenio Democrático— en favor de neocatólicos y conservadores. En la llamada «segunda cuestión universitaria», varios catedráticos fueron destituidos por orden ministerial, entre ellos Francisco Giner de los Ríos, que fue profesor de doctorado de Costa. Junto con otros profesores, este renunció a su plaza de auxiliar sustituto en solidaridad con los cesados. Unos meses más tarde, animado por Giner, se presentó a la oposición para la cátedra de Historia crítica de España. Evaluado por un tribunal mayoritariamente conservador y adverso al krausismo, Costa quedó en el último lugar de una terna a la que renunció indignado. También en 1875 perdió el premio extraordinario de doctorado de Filosofía y Letras en competencia con Marcelino Menéndez Pelayo, mejor posicionado política y personalmente, en un sospechoso proceso. De nuevo estuvo a punto de lograr una plaza en 1876, esta de Derecho Político y Administrativo en la Universidad de Granada, pero otra vez se autoexcluyó de la terna por disconformidad con el procedimiento. La combinación de estigmatización política, falta de habilidad para utilizar sus contactos y sentido ético extremo

dejó a Costa fuera de la universidad (Cheyne, 1971: 83-91; Peiró, 1996). Desde entonces se resignó a la abogacía y la notaría, en bufetes privados y Administración pública. Nunca le gustó esta opción, se esforzó por compatibilizarlo con su actividad política e intelectual y cambió frecuentemente de destino (Cuenca, Huesca y Jaén), lo que perpetuó cierta inestabilidad económica y lo distanció, a su pesar, del modo de vida burgués que le rodeaba en Madrid.

Una vez desplazado de la universidad, el único espacio donde pudo desarrollar algo de esa faceta frustrada fue la Institución Libre de Enseñanza (en adelante, ILE), concebida como respuesta ante aquella maniobra antiprogresista del Gobierno. La relación entre Costa y Giner, su principal valedor, se había ido estrechando en el contexto de la segunda cuestión universitaria hacia una íntima y duradera amistad (Cheyne, 1983). En todo caso, las convicciones educativas krausistas de Costa pueden rastrearse desde sus escritos de juventud, antes de llegar a Madrid (Vicente, 2014). Era natural, por tanto, que tomase parte en la fundación de la ILE en octubre de 1876 y contribuyese, por ejemplo, a la conformación inicial de su biblioteca (Jiménez-Landi 1996: 118). Desde el principio formó parte de la Junta Facultativa, aunque en un primer momento sin docencia asignada, pues no pudo involucrarse presencialmente hasta que renunció a la plaza de oficial letrado que ocupaba en Huesca (Cheyne, 1971: 102-108). A finales de 1879, una vez reinstalado en Madrid, combinó el trabajo de abogado con la docencia de Derecho Político e Historia de España y la organización de excursiones en la ILE. En todo caso, siempre mantuvo un grado importante de independencia; solo impartió clases hasta 1883 y, progresivamente, se fue desligando de Giner y el entorno acomodado de los institucionistas, donde nunca se sintió del todo integrado (Ara, 2011).

Ahora bien, precisamente las décadas de 1880 y 1890, cuando data su comunicación con Mérida, fueron las más fecundas en su producción historiográfica; no por casualidad fue nombrado entonces correspondiente de la Real Academia de la Historia (1880) y miembro de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación (1887). Pese a las condiciones poco propicias, investigó y publicó mucho, tanto en campos directamente ligados a su militancia política (historia política, jurídica y económica) como en otros motivados por intereses más personales (historia, filología y mitología antiguas). En esta última línea, sus esfuerzos se centraron desde el inicio en la Iberia prerromana, atendiendo particularmente a la interrelación de las estructuras socioeconómicas con la cultura y la religión (Costa, 1879, 1891-1895). Con mayor o menor acierto, ciertamente propuso interpretaciones innovadoras que con el tiempo tendrían una influencia notable, si bien, dadas las circunstancias, su dedicación fue necesariamente irregular y sus resultados nunca llegaron a alcanzar una verdadera madurez (Wulff, 2003: 138-141; Fatás, 2011; Aguilera, 2014). Además, desde su exclusión de la universidad decidió mantener un perfil bajo en este ámbito, de modo que empezó a publicar muchos de sus trabajos sobre Antigüedad solo con sus iniciales o el pseudónimo *Mortuus Quidam* («Un muerto cualquiera»), cuando no directamente de forma anónima<sup>1</sup>.

1. Es reveladora la explicación que le dio a Fidel Fita, molesto porque no había respetado su anonimato al referenciar un artículo suyo sobre epigrafía (Díaz Ariño, 2003: 157 y 162).

Sus planteamientos partían de premisas positivistas, insistiendo en el tratamiento riguroso y sistemático de las fuentes, pero en su particular versión krausista: el ideal científicista del conocimiento desnudo y supuestamente imparcial debía superarse para desarrollar interpretaciones más amplias y orgánicas, integrando diferentes disciplinas (sociología, etnología, antropología, filología, etc.). Se trataba, además, de una aproximación politizada, que debía contribuir a la renovación cultural y actuar de revulsivo para la transformación social desde una base laica y racionalista (Pasamar y Peiró, 1987: 1-61; Fernández Clemente, 2000; Sauquillo, 2011).

La perspectiva ecléctica de Costa es importante para entender su relación con la arqueología. Sin ser arqueólogo, estaba convencido de que las nuevas concepciones del pasado debían fundamentarse en datos positivos provenientes de las fuentes materiales. Por entonces la arqueología prerromana apenas estaba dando los primeros pasos en España, pero Costa se esforzó por mantenerse al tanto de los descubrimientos que se sucedían en aquellos años para incorporarlos a sus interpretaciones. Por ejemplo, incluyó sistemáticamente notas numismáticas sobre iconografía o toponimia, a partir de los recientes repertorios de Antonio Delgado y Jacobo Zóbel (Costa, 1891-1895: XVIII-XIX, *e. g.*). También estuvo muy atento a los hallazgos de estatuaria ibérica en el Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete) y sus múltiples interpretaciones religiosas y culturales (Maestro, 2014: 468). Esto conllevó el manejo exhaustivo, entre otros, de los trabajos de Juan de Dios de la Rada Delgado, incluyendo su catálogo de 1883 del Museo Arqueológico Nacional (en adelante, MAN) (Costa, 1891-1895: XXXV y 120-122, *e. g.*). Por cierto, este fue redactado fundamentalmente por el joven Mélida, aunque firmado en solitario por su mentor (Casado, 2006: 42-43); era una práctica habitual, pues el catálogo anterior de 1876 fue elaborado por Rada, pero firmado por el director, Antonio García Gutiérrez (Mederos, 2014: 156).

Ahora bien, la epigrafía fue la disciplina que integró de una forma más plena, considerándola una vía esencial para superar la dependencia de la literatura clásica, por lo que aprovechó los trabajos pioneros publicados por Emil Hübner, Aureliano Fernández-Guerra y Fidel Fita desde finales de la década de 1870. Particularmente relevante fue su empleo de las inscripciones para estudiar la onomástica indígena y fundamentar sus teorías sobre el ordenamiento social gentilicio (Aguilera, 2014: 420-421), así como en su rastreo y clasificación de las deidades hispano-celtas (Renero, 2011: 283-284). Estas incursiones epigráficas fueron más allá de la lectura bibliográfica y en ciertas ocasiones propuso sus propias lecturas (no siempre afortunadas), aplicando nociones autodidactas de paleolingüística; destaca en este sentido la atención que dedicó a los dialectos célticos, las inscripciones prerromanas asturianas o las hispano-latinas de Obarra y Jódar (Cheyne, 1981: 150-153; Díaz Ariño, 2003: 144-145; Fatás, 2011: XX-XXI).

Tan importante o más que sus lecturas y publicaciones es la red de contactos que Costa tejó en torno a esta vocación. Ya ha sido estudiada su significativa correspondencia con Fita y Hübner (Díaz Ariño, 2003), pero lejos de ser ejemplos aislados, en esas décadas mantuvo una fluida relación informal con diversos eruditos para intercambiar impresiones

sobre arqueología y epigrafía. Esto incluye al mencionado Fernández-Guerra, el jurista y epigrafista Eduardo Hinojosa Naveros, el historiador militar Miguel Ruiz Prieto, el arabista Francisco Javier Simonet, el coleccionista José Lázaro Galdiano, el filólogo y etnógrafo portugués José Leite de Vasconcelos o los hispanistas franceses Albert Savine y Jean Joseph Saroihandy, entre otros.

Es cierto que buena parte de aquellas comunicaciones respondían a la solicitud por parte de Costa de información y opinión experta. Él mismo expresó su frustración por depender de sus contactos para documentarse, especialmente cuando trabajaba lejos de Madrid<sup>2</sup>. Sin embargo, esas interacciones no fueron en absoluto algo simple y unidireccional. Por ejemplo, se ha observado una evolución en las cartas con Fita, desde las primeras consultas propias de un discípulo inexperto, hacia un intercambio cada vez más equilibrado (Díaz Ariño, 2003: 142-163). Asimismo, la relación con Hübner se tradujo en el intercambio de reseñas de sus obras respectivas, así como una cumplida consideración de sus interpretaciones en el *Monumenta Linguae Ibericae* (Hübner, 1893: 129). Y, lo más importante, aunque la correspondencia entre ambos se conserva muy incompleta, sabemos que Costa colaboró como informante e intermediario en la tarea de recopilación epigráfica del alemán, lo que él mismo quiso reconocerle (Hübner, 1897: 226; *vid.* Díaz Ariño, 2003: 164-168).

También le preocupó su proyección pedagógica. Entre las múltiples excursiones que Costa organizó para los alumnos de la ILE, diseñó una visita dedicada a la epigrafía en el MAN<sup>3</sup>. Por otro lado, para entender la trascendencia de esta faceta resulta crucial la relación con su amigo Rafael Altamira, figura fundamental en la aplicación de la didáctica krauso-positivista a la historia nacional y su institucionalización en el primer tercio del siglo xx. Poco versado en cuestiones de Antigüedad, siempre adoptó el papel de discípulo de Costa en este tema, recibiendo durante años consejos sobre lecturas e ideas relacionadas con los avances de la arqueología, que integró sistemáticamente en sus publicaciones, incluida su *Historia de España y de la civilización española*, que se convertiría en el manual liberal de referencia (Aguilera, 2017: 1125-1129). Igual de importante fue el asesoramiento de Costa para que incorporase en su plan docente universitario las asignaturas de Fuentes de la Historia Nacional y Epigrafía y Numismática, acompañadas de un programa de salidas de campo arqueológicas y topográficas, así como prácticas en museos y archivos. Eso sí, le advirtió de que se trataba de fomentar la formación integral del historiador, no cultivar esas disciplinas de forma aislada y meramente técnica, problema que achacaba a la enseñanza oficial: debían ser «explicadas de verdad, no a estilo de la llamada Escuela diplomática»<sup>4</sup>. Entre la frustración personal y el compromiso crítico, Costa hizo su particular contribución a la arqueología desde los márgenes.

2. Por ejemplo, en un par de cartas dirigidas a Rafael Altamira (Cheyne, 1981: 56 y 58).

3. Puede encontrarse el programa en el *BILE* del 16 de noviembre de 1879, III/66, 168.

4. Las cartas al respecto, de 1891, están publicadas en Cheyne, 1992: 47-49. Esto quedó plasmado en los proyectos docentes de Altamira (1891 y 1892). Otras misivas entre ambos con contenido arqueológico en Cheyne, 1992: 24, 26, 33-34, 38, 53, 94 y 97.

### 3. José Ramón Mélida y los círculos progresistas

En el caso de Mélida es importante tener en cuenta sus antecedentes y la favorable reputación de su familia entre la sociedad madrileña de entonces (Mélida Labaig [inédito]: 4). La tradición católica y conservadora de la familia Mélida está fuera de toda duda, pero no es menos cierto que el cultivo de las artes en buena parte de la familia, sobre todo por su ascendencia florentina (Casado, 2006: 21-28), predispuso a algunos de sus hermanos a abrazar la causa progresista en la Revolución de Septiembre de 1868 (La Gloriosa), que supuso el destronamiento de Isabel II y el inicio del Sexenio Democrático. El propio José Ramón lo constata en el diario familiar (inédito y conservado por la descendiente Victoria Mélida Ardura) cuando afirma: «Blas, que estaba entonces en Madrid, Enrique y los chicos se alegraron del pronunciamiento. Mamá hasta lo lloró muchas veces [...] se ha acordado después de la tristeza que le causó» (fig. 1). Probablemente, el primero debía de ser su tío, Blas Mélida Lizana, e indudablemente Enrique era el hermano mayor de José Ramón. Reconocido pintor, Enrique debió de simpatizar con la causa progresista, democrática y republicana, tal como refleja el propio José Ramón. En cualquier caso, la trayectoria de José Ramón no permite sostener ningún tipo de afinidad con esta ideología. Por otro lado, Rada, uno de sus reconocidos maestros de juventud y promotor de su carrera profesional, era amigo de Alfonso XII y miembro de la Real Academia de la Historia, institución a la que acabaría ligado Mélida desde 1906 (Casado, 2006: 183-187). Aunque la relación de Rada con Mélida era netamente profesional, el efecto mimético y la condición funcional de Mélida ayudan a explicar, aparte de sus inclinaciones personales, que le interesara más la cercanía a los entornos monárquicos y de las reales academias que su adscripción a los «círculos alternativos» próximos a la ILE.

Se formó en la Escuela Superior de Diplomática entre junio de 1873 y diciembre de 1875, institución paradigmática del proceso de profesionalización oficialista de las disciplinas archivísticas y arqueológicas (Peiró y Pasamar, 1997). Una vez titulado, superó la prueba que le acreditaba como funcionario del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Anticuarios (Casado, 2006: 28-38). Pocos meses más tarde, en febrero de 1876, ingresaría en el MAN, donde inició su *cursus* funcional, con una suerte de categoría profesional similar al becario —entonces, «aspirante sin sueldo»— que dejó atrás en abril de 1881, cuando fue ascendido a ayudante de tercer grado. Durante esta etapa su labor se centró especialmente en la catalogación de piezas y la subsiguiente publicación de los fondos del Museo (Casado, 2006: 39-49). Pero pronto le fueron encomendadas también tareas de organización y representación en una exposición internacional, la Exposición Retrospectiva de Arte Ornamental Portuguesa y Española de Lisboa entre 1881 y 1882 (Casado, 2006: 49-50), que aparece mencionada en la carta 3. De tal forma que Mélida cumplió 25 años como un miembro del Cuerpo que iba ascendiendo en el escalafón funcional, mientras «cultivaba» una amplia red de contactos ajena al entorno museístico.

Mélida y Costa tenían procedencias sociales muy distintas, si bien parece bastante plausible que en la década de 1880 coincidiesen en los ambientes intelectuales de la capital.



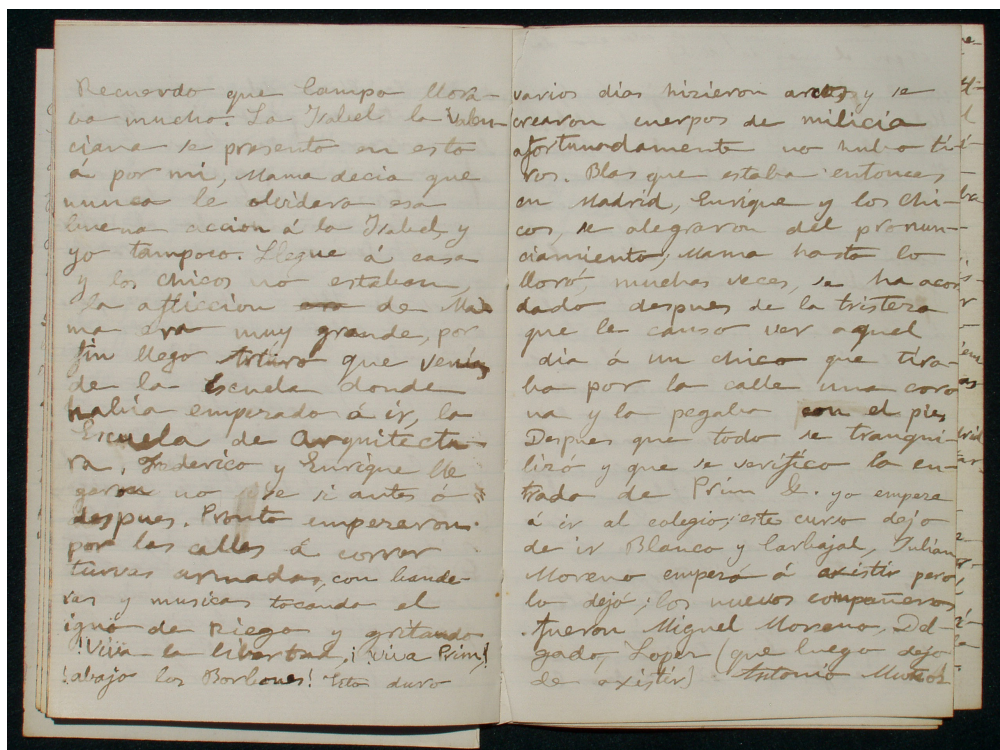


Figura 1. Extracto (pág. 20) del diario personal de José Ramón Mérida (inédito). Archivo familiar de la familia Mérida. Cortesía de Victoria Mérida Ardua.

Y no deben pasarse por alto otros vínculos: su ascendencia aragonesa y la práctica de la abogacía de su entorno. Costa era natural de Monzón y el padre de José Ramón, Nicolás Mérida Lizana, madrileño, pero de origen aragonés, y acumulaba no pocos reconocimientos, distinciones y méritos como juriconsulto y diputado. Además, pudo favorecer el hecho de que varios hermanos de José Ramón se decantaran por la jurisprudencia. Dos de sus hermanos mayores, Alberto y Federico, se dedicaron también a la abogacía (Casado, 2006: 21-22), circunstancia que podría haber propiciado algún contacto con el que se cimentase la relación.

Si nos detenemos en José Ramón Mérida, lo primero que llama la atención es que en el momento de iniciar su periodo de colaboración en el *BILE* tenía 25 años, diez menos que Costa, que pertenecía a la misma generación que sus hermanos mayores. Indudablemente, hay más posibilidades de que Costa conociese antes a Arturo Mérida que a José Ramón. Tenían una edad parecida (Costa nació en 1846 y Arturo Mérida en 1849) y se da la circunstancia de que Arturo pintó el techo del salón de actos del Ateneo de

Madrid. Ya en 1882 existen evidencias epistolares<sup>5</sup> de que Arturo frecuentaba el Ateneo e intercambiaba pareceres sobre el proyecto pictórico que habría de ejecutar en 1883. Y todo apunta a que el privilegiado posicionamiento de Arturo —reputado decorador y restaurador entre las clases altas de la capital— le abriría las puertas de instituciones especialmente frecuentadas por la élite sociopolítica, caso de las reales academias. Además, su condición de artista debió de predisponerle a frecuentar ambientes más progresistas, caso de tertulias y ateneos (Casado, 2006: 26), donde José Ramón tuvo la oportunidad de relacionarse y consolidar contactos y sinergias profesionales, posiblemente gracias a la intercesión de su hermano.

De hecho, José Ramón fue secretario tercero de la Junta de Gobierno del Ateneo de Madrid entre 1881 y 1883 y dictó allí su primera conferencia, sobre religión egipcia, en 1884, lo que inició una continuada colaboración en la década de 1890 (Díaz-Andreu, 2004: XLII; Casado, 2006: 43 y 120-124). Es verdad que en ese periodo se integraron en el Ateneo sectores más conservadores, suavizando en parte su carácter de bastión progresista (Villacorta, 1978: 387-396); la presencia de Mélida podría entenderse como parte de esa tendencia (Díaz-Andreu, 2004: XLII). Al margen de esto, con toda probabilidad aquello favoreció sus oportunidades de contactar con círculos más amplios.

En el momento en el que Mélida completó su formación en la Escuela Superior de Diplomática llama la atención su juventud (de los 17 a los 19 años) si se compara con sus compañeros de aula, circunstancia que hemos podido contrastar gracias a una orla inédita del curso 1874-1875 conservada en el archivo familiar de la familia Mélida-Ardura (fig. 2). Solo ocho alumnos formaron parte de aquella promoción, y la mayoría de ellos no alcanzó notoriedad profesional en el área de archivos, bibliotecas y museos nacionales, ocupando seguramente algún puesto secundario en la Administración.

De Luis María de Tró y Moxó no consta publicación destacada alguna, más allá de haber ejercido el periodismo y pertenecido al cuerpo de bibliotecarios. Poco se sabe de Eugenio Guzmán y Corrales, cuya trayectoria estuvo vinculada a cuestiones lingüísticas y de traducciones. Otro de los alumnos, Sixto Espinosa de Peralta, se decantó pronto por la abogacía en su Almería natal, y sobre Luis Samaniego y Fernández-Cid, natural de la localidad zamorana de Toro, tampoco ha quedado constancia de una carrera profesional relevante. Solo Joaquín de Salas Dóriga acabó incorporándose al cuerpo de conservadores del MAN. Ángel Allende Salazar, natural de la localidad vizcaína de Gernika, fue quizás quien más reconocimiento logró de la promoción 1874-1875. Doctor en Derecho Civil, Canónico y Administrativo, llegó a ser diputado a Cortes, miembro de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación y catedrático de Geografía Antigua y de la Edad Media en la Escuela Superior de Diplomática, además de publicar obras sobre bibliografía vasca. También de origen vasco era José María Verdes Montenegro y Verdes Montenegro, natural de Bayona, cuyo nombre fue abreviado para ajustarlo al diseño de la orla. Parece que

5 Carta de Enrique Fort del 30 de octubre de 1882, custodiada en el Archivo del Ateneo de Madrid (ES 28079 AAM 12-01, <http://archivo.ateneodemadrid.es/index.php/carta-de-enrique-fort-arturo-m-lida>).



**Figura 2.** Orla (inédita) de la Escuela Superior de Diplomática, denominada entonces Escuela Especial de Diplomática, correspondiente al curso 1874-1875. Archivo familiar de la familia Mérida. Cortesía de Victoria Mérida Ardura.

tenía título nobiliario y era caballero de gracia de la Orden de San Juan de Jerusalén. Tenía 18 años más que Mérida, edad que no desentonaba con el resto de alumnos de la promoción.

Algunos de los compañeros de promoción de Mérida en la Escuela tenían ascendencia nobiliaria provincial, algo muy alejado de los otros círculos más progresistas frecuentados por Mérida. Además, la diferencia de edad con sus compañeros debió de distanciarle a la hora de interactuar con ellos. Es factible asumir que ya habían cursado una carrera universitaria o se habían iniciado en el mercado laboral. Nada que ver con la juventud de Mérida, que entraba por primera vez en contacto con un entorno de futuros profesionales.

En cuanto a los docentes de la Escuela cabe contemplar la posibilidad de que Juan Facundo Riaño (profesor de Historia de las Bellas Artes) ejerciera una cierta influencia en el adolescente Mérida. No en vano, Riaño era amigo de juventud de Rada y estaba casado con Emilia Gayangos, hija del insigne académico e historiador del arte Pascual Gayangos. Indudablemente, Mérida contaba con el viento a favor del *lobby* de historiadores del arte y académicos (Gayangos, Riaño y Rada) que copaban entonces puestos de responsabilidad y cuyas dinámicas clientelares han sido ya expuestas (Muñoz, 2016: 436-438). De

hecho, cuando Mérida consiguió una beca para visitar museos europeos en verano de 1882 (Casado, 2006: 81), Riaño era director general de Instrucción Pública.

Asimismo, es muy posible que Riaño «apadrinara» o legitimara las conexiones iniciales de Mérida con los entornos liberales de la ILE. Debe destacarse el hecho de que Riaño impartió conferencias en el Ateneo de forma relativamente recurrente entre 1870 y 1897 (Muñoz, 2016: 206-211) y que su presencia tanto institucional como docente lo convirtió en uno de los personajes mejor posicionados de la escena político-cultural de las tres últimas décadas del siglo XIX, a pesar de la sinuosa relación que mantuvo con Cánovas, cuyos mandatos solían caracterizarse por la rutina de desposeer a Riaño de todos sus cargos públicos por su inclinación liberal (Muñoz, 2016: 441). Y resulta lógico albergar la posibilidad de que la actividad artística de Arturo Mérida convergiera en algún momento con los intereses de Riaño, cuya formación estaba más próxima a la historia del arte que a la arqueología y a los que unió su condición de miembros de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Por otro lado, Riaño, impulsor de una reforma educativa de inspiración krausista como miembro del Gobierno liberal de Sagasta (1881-1883), era íntimo amigo de Giner y contribuyó económicamente a la fundación de la ILE, además de impartir docencia en su proyecto hermano, la Escuela de Institutrices fundada por Fernando de Castro (Muñoz, 2016: 314-353).

Además, la vocación reformista y pedagógica de Riaño fue proyectada sobre alumnos que acabarían formando parte del entorno progresista de Costa. Es el caso de Manuel Bartolomé Cossío (Muñoz, 2016: 440-442), que también pasó por la Escuela Superior de Diplomática, primero como alumno (curso 1875-1876, al año siguiente de egresarse Mérida) y años después (curso 1881-1882) como profesor. Otro eslabón más de ese entorno de colegas próximos a Mérida que se mostraron receptivos al movimiento intelectual reformista, liberal y krausista. Existen pruebas epistolares de que Mérida y Cossío mantuvieron una relación cordial hasta el final de sus días. Tal evidencia es una carta que Cossío envió a Mérida el 10 de mayo de 1929 (fig. 3)<sup>6</sup> solicitándole información sobre varias localidades del área de Talavera de la Reina y Naval Moral de la Mata que tenía intención de visitar y agradeciendo el envío de una de las publicaciones de Mérida que acababa de ver la luz: *Arqueología española*. Seguramente, la relación entre ambos se había iniciado en la Escuela Superior de Diplomática y el entorno del Ateneo a mediados de la década de 1870 y, cercanos a su jubilación, todavía mantenían un trato cordial, a pesar de que sus trayectorias eran ya muy distintas: Cossío era un significado pedagogo republicano y progresista, crítico con el *establishment* político-cultural de la Restauración y destacado miembro de la ILE, primero como alumno y luego como profesor; mientras, Mérida llevaba años de carrera funcional por los cauces de la oficialidad y el academicismo.

Pero a Mérida, por un lado, y Cossío y Costa, por otro, les unía cierta motivación esencial: la creencia en la modernización de las disciplinas históricas como herramienta

6. Además, se ha apuntado la existencia de otra tarjeta sin fecha de Mérida. Real Academia de la Historia, Fondo Cossío, J. R. Mérida y Alinari / 70-1336 (Díaz-Andreu, 2004: XLI).

amada cuanto noticia crea que pueden  
 interesarme. Ya le digo que congozo tu  
 Catálogo.  
 Doy al. la gracia por su cariñosa  
 Carta con motivo de mi jubilación, e  
 igualmente por el bondadoso envío  
 de su "Arqueología"; que considero  
 utilísima para toda nuestra cultura.  
 Me alegro de verte siempre trabajando,  
 a pesar de las disposiciones oficiales.  
 Yo también como V. ve todavía no  
 me rindo.  
 Como la contestación me urge, le  
 ruego tenga la bondad de dejarla  
 en su casa, donde yo enviaré a  
 recogerla mañana sábado ~~hacia~~  
 entre 12 y 2 de la tarde.  
 Mil perdones y saludo de su aff.  
 M. B. Cossío

**Figura 3.** Carta (inédita) firmada por Bartolomé Cossío, con fecha de 10 de mayo de 1929. Archivo familiar de la familia Mérida. Cortesía de Victoria Mérida Ardura.

de renovación patriótica. De hecho, el proyecto editorial emprendido estaba en sintonía con las aspiraciones científicas que segregaba el movimiento intelectual de la ILE y su reivindicación de una cultura nacional que atendiera al sentimiento colectivo (Fox, 1997; Rivière, 1997: 133; Wulff, 2003: 8; Ruiz *et al.*, 2006). Coincidían en su vocación euro-peísta, el anhelo de mejorar la ciencia española y la confianza hacia los planteamientos racionalistas y el paradigma de esencia positivista que Mérida desarrollaría en años venideros en sintonía con algunos hispanistas, como Hübner, que reclamaban una disciplina histórica más crítica y menos cargada de artificios retóricos (Casado, 2015: 490). Son muy reveladoras, en ese sentido, las palabras de Mérida, cuando en 1885 afirmaba que «la Arqueología no es una ciencia que deba cultivarse en las Bibliotecas y en la mesa de escritorio. El día que nuestros arqueólogos viajen, en vez de rebuscar noticias en Archivos y Bibliotecas para saber cómo se llamaba el magnate que mandó construir el edificio [...] confundiendo lastimosamente la curiosidad histórica con la Arqueología, habrán dado un paso decisivo en pro del adelanto de la ciencia; será como si la Arqueología, cansada ya de

la tutela de los eruditos, se emancipe para emprender las tareas provechosas propias de la edad viril» (Mérida, 1885: 220). Costa debía de ser consciente de que la colaboración con Mérida ahormaba bien en su proyecto, potenciado por un contexto de multiplicación de publicaciones periódicas que servirían para difundir las novedades en el ámbito arqueológico y museológico.

No deja de ser significativo el contexto de la reflexión citada. Pertenece a un discurso pronunciado en el Ateneo en 1885 que, a su vez, era la adaptación del ejercicio que unos meses antes presentó en la oposición a la cátedra de Arqueología y Ordenación de Museos de la Escuela Superior de Diplomática. Diez años después de que Costa perdiese una oposición en condiciones sospechosas ante un tribunal conservador, a Mérida le ocurrió lo mismo. En este caso, el contrincante beneficiado fue Juan Catalina García, destacado militante de las Juventudes Católicas y amigo del Marqués de Cerralbo, que estaba en el tribunal por decisión del ministro canovista Alejandro Pidal (Díaz-Andreu, 2004: XXXIX-XLIII; Casado, 2006: 78-81). Sin necesidad de pensar que los vínculos de Mérida con los círculos liberales del Ateneo y la ILE le perjudicaran de forma decisiva, bien puede ser que tampoco resultasen especialmente favorecedores. En esta línea, se ha sugerido que el alineamiento conservador de Mérida desde finales de la década de 1880 habría ayudado al impulso definitivo de su carrera. Esto incluye la vinculación con figuras como Antonio Vives y Menéndez Pelayo, el establecimiento de nuevas relaciones con la nobleza o su focalización en revistas institucionales (Díaz-Andreu, 2008: 122-123).

Resulta tentador atribuir la colaboración de Mérida y Costa en el *BILE* a algún tipo de afinidad ideológica que explique la génesis de su efímero proyecto editorial. Pero si uno repasa los antecedentes, se antoja complicado conceder a la sintonía político-ideológica un mayor peso del que realmente tuvo. El ideario krausista y laicista que abrazaron los afines a la ILE no se atisba en ningún caso ni en la tradición familiar de Mérida, indiscutiblemente católica, ni en ninguna de sus publicaciones o evidencias epistolares. Tampoco parece que este mantuviese un posicionamiento político nítido y excluyente, al menos en sus años de juventud. Tal premisa viene respaldada por una entrevista personal (comunicación oral de agosto de 2006) con Victoria Mérida Ardura, biznieta del arqueólogo, quien siempre consideró a su bisabuelo como alguien alejado de la significación política de su tiempo. Más allá de la cautela con la que ha de ser tomada una referencia familiar, esto encajaría con la ambigua actitud de Mérida en esos años.

#### 4. El *BILE* y el encuentro entre Costa y Mérida

La entregada implicación de Costa en el arranque de la ILE incluye su contribución al boletín. Iniciado el 7 de marzo de 1877, su marco estatutario definió los derroteros de lo que sería el *BILE*: vocación reformista, principio de libertad, indagación científica; independencia política, religiosa y filosófica. Suponía asumir el principio de aperturismo con

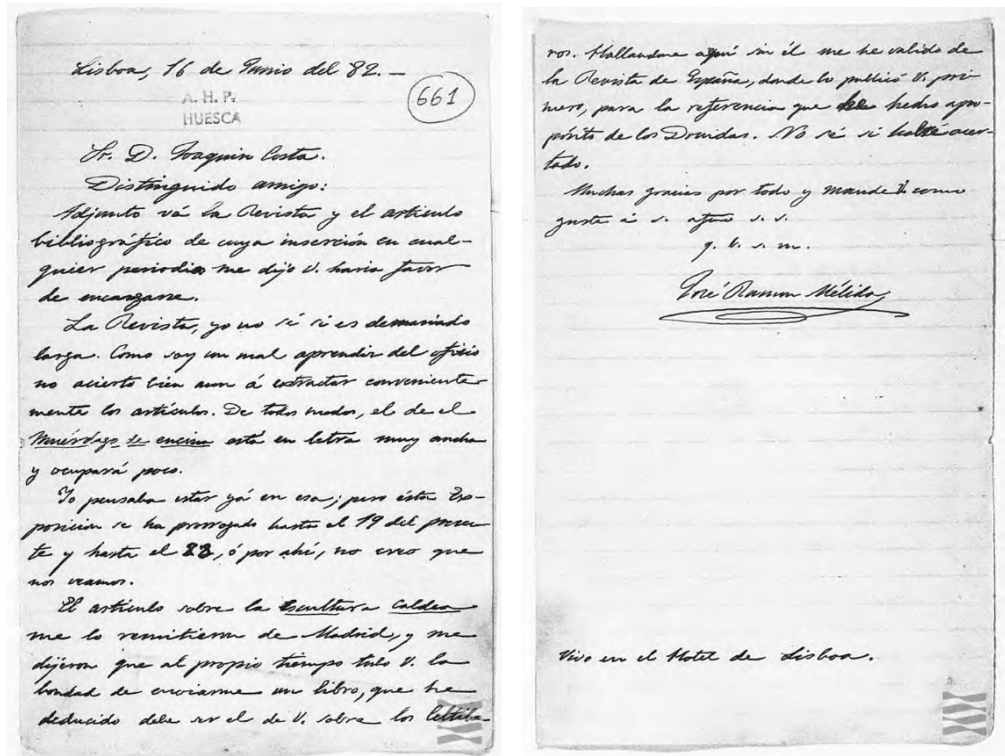


Figura 4. Carta (inédita) de José Ramón Mérida a Joaquín Costa, con fecha de 16 de junio de 1882 (Anexo, carta 3). Archivo Histórico Provincial de Huesca, ES/AHPHU - COSTA/000007/013-02(0661), <http://aplicaciones.aragon.es/opac/app/item/?vm=3.116.125.129.235.375265&i=375821>.

una dinámica de transversalidad y multidisciplinariedad por la que tenían cabida temas de pedagogía, ciencia, historia, política, economía, arte, etc. Dirigido por Giner durante los primeros años, en sus inicios se limitaba a cuatro páginas con resúmenes de lecciones, noticias breves e informaciones institucionales (Jiménez-Landi, 1996: 133-136), pero progresivamente experimentó un crecimiento en extensión y profundidad.

Costa publicó en él desde el tercer número, con un artículo sobre religión céltica, directamente relacionado con sus inquietudes de esos años (Costa, 1877). Desde entonces fue uno de los colaboradores más prolíficos, siempre con una presencia recurrente de las cuestiones antiguas entre su amplio abanico temático. Del primer periodo se conservan dos cartas interesantes de Giner a Costa: en la primera, de 1878, le insta a utilizar una terminología más científica en un artículo suyo; en la segunda, de 1879, se muestra conforme con sus sugerencias para extender la revista, aunque con reticencias por la carga excesiva que supondría para los profesores de la institución (Cheyne, 1983: cartas 4 y 5).

Finalmente, Costa asumió la dirección del *BILE* entre 1881 y 1884, un periodo clave en el crecimiento de la revista (de ocho a dieciséis páginas) y la diversificación de su contenido; entonces es cuando Mélida entró en escena.

Los vínculos de Mélida con la ILE resultan algo nebulosos, aunque, como hemos visto, tampoco era totalmente ajeno a su entorno. Además, cabe considerar otro nexo de tipo editorial. La *Revista Europea* (1874-1880) fue un ejemplo pionero de alta divulgación humanística y científica, al estilo de otras publicaciones internacionales. Aunque no estaba adscrita a una corriente concreta, lo cierto es que en ella publicaron regularmente los máximos representantes del krausismo. De hecho, se ha propuesto que esta revista pudo ser importante como nexo entre los futuros institucionistas, además de constituir un modelo a la hora de diseñar el *BILE* (Capellán de Miguel, 2011). Costa fue un colaborador asiduo, y publicó allí, por ejemplo, la reseña de un libro de Fita (Costa, 1879b). Pues bien, Mélida también colaboró en la *Revista Europea* antes de desembarcar en el *BILE*. En concreto, publicó allí por entregas su primera novela completa, *El sortilegio de Karnak* (Mélida y López, 1880), quizá su primera contribución en una revista de estas características. Esta coincidencia no demuestra nada concreto, pero refuerza la idea de la familiaridad de Mélida con los círculos krausistas y sus medios de expresión.

Teniendo esto en cuenta, no parece tan descabellado que, cuando Costa se hizo cargo del *BILE* con la idea de ampliarlo y, presumiblemente, potenciar su contenido histórico-arqueológico, surgiese el nombre de aquel joven que trabajaba en el MAN, se movía en el Ateneo y acababa de publicar una novela arqueológica en la misma revista donde ellos publicaban. Por otra parte, la ILE no era excluyente con la ideología de sus colaboradores, siempre que se respetase el principio de objetivismo y racionalismo laico; así lo defendió el propio Costa: «La Institución es puramente científica, no política ni religiosa; dentro caben lo mismo el republicano que el carlista, pero deponiendo su carácter de tales, y siendo meramente órganos del saber, investigadores y comunicadores de la verdad científica»<sup>7</sup>.

En el número del 31 de diciembre de 1881 aparece por primera vez la sección «Revista de Arqueología, Historia, etc.», llevada por Ángel Stor, con reseñas de arqueología, lingüística y mitología prerromanas, quizá no por casualidad, los típicos intereses de Costa<sup>8</sup>. Mélida empezó a encargarse de la sección (ya como «Revista de Arqueología e Historia») desde el número del 16 de mayo de 1882, a veces con Costa y otras en solitario. Solo duró hasta finales de año; después, ambos siguieron escribiendo en el *BILE* sobre esos asuntos, pero de forma independiente o en apartados más genéricos («Bibliografía» y «Bibliografía Histórica»). En 1884 Mélida desapareció del *BILE*, al tiempo que Costa dejaba la dirección; después, sus artículos también fueron cada vez más puntuales, coincidiendo con su progresiva desvinculación de la ILE (Esteban, 1978: 120-126 y 213-214).

7. «Universidad Libre de Madrid» (*Diario de Huesca*, 19 de septiembre de 1877), en Cheyne, 1971: 177.

8. Antes y después, Stor publicó otras reseñas puntuales aparentemente incentivadas por Costa. En una carta del 15 de febrero de 1882, Stor le anuncia a Costa la devolución de material bibliográfico del filólogo y etnógrafo Francisco Adolfo Coelho que había reseñado. Archivo Histórico Provincial de Huesca, ES/AHPHU - COSTA/000098/102-2H(8594), <https://dara.aragon.es/opac/app/item/apjc?vm=0&i=383600>.



La vida de aquella colaboración fue corta, pero intensa. En apenas siete meses de sección propiamente dicha, Costa publicó cuatro reseñas (Costa, 1882*a-d*) y Mérida trece (Mérida, 1882*a-m*). La gran mayoría se centró en la prehistoria reciente y la Antigüedad: cinco de Próximo Oriente, cuatro de la Europa céltica, dos de Hispania, una de Egipto, una de Grecia y una del norte de África, además de otras dos de etnografía y una de historia moderna. Diez de las doce cartas que aquí publicamos conciernen directamente a esa tarea conjunta y ayudan a comprender su contexto y la dinámica de trabajo entre ambos. Las seis aportaciones posteriores de Mérida (1883*a-e*, 1884) siguieron la misma tónica: dialectología, prehistoria, mitología próximo-oriental, epigrafía e historia peninsular, además de una crónica sobre excursiones pedagógicas.

Se ha señalado, con buen criterio, el abuso de literalidad y la falta de referencias en algunas de estas reseñas, que serían una mera copia o traducción de artículos publicados en revistas europeas (Vidal, 2013: 160-161), pero conviene aclarar que este aparente plagio en realidad no contravenía la política editorial del *BILE*. De hecho, entre sus cometidos figuraba trasladar a los lectores aquellas ideas o proyectos ensayados fuera de España en las más destacadas revistas europeas y americanas, priorizando el criterio de actualidad. Concretamente, el Prospecto de 1882, donde se anticipa la intención de potenciar las reseñas, especifica la pretensión de convertir el *BILE* en una «Revista de cultura general, que popularice, por medio de extractos tomados de las publicaciones especiales, los últimos resultados de las ciencias y los descubrimientos que se hagan en los distintos ramos del saber» (ILE, 1881: 185). Probablemente hubiese sido más útil y honesto incluir los detalles del material reseñado, pero hay que tener claro que aquella labor era netamente divulgativa y en ningún caso puede ser considerada científica.

Las cartas dejan claro que Costa coordinaba el trabajo y distribuía los contenidos. La mayoría de las misivas de Mérida tienen que ver con problemas por su impericia técnica, retrasos en la entrega de sus textos y dificultades para documentarse. Al igual que Giner tuteló las primeras publicaciones de Costa, ahora este hacía lo propio con el joven Mérida. Por otra parte, las quejas de este por el número excesivo de encargos coinciden plenamente con las reticencias expresadas por Giner ante los ambiciosos planes de Costa para ampliar la revista.

En todo caso, cabe aclarar que la autoría de cada reseña era individual. Puede haber confusión, porque en la cabecera aparecen ambos y, cuando uno de ellos hacía varias reseñas, su firma no figuraba en cada una, sino después de la serie. En todo caso, la autoría individual queda confirmada en el índice del *BILE* de 1882 (Vidal, 2013: n.º 14) y también puede deducirse de las cartas. En este sentido, por el número de artículos, es evidente que Mérida cargó con mucho más trabajo. No extraña que Costa delegase, si tenemos en cuenta su intensa dedicación al *BILE* por entonces. Aparte de dirigirlo y participar en múltiples secciones además de esta, solo en 1882 publicó una cincuentena de artículos de temas muy dispares (ciencia, geografía, política, economía, agricultura, etc.). En realidad, la incorporación de Mérida parece pensada precisamente para potenciar aquellas temáticas que tanto interesaban a Costa, pero que no podía abordar él solo sin desatender los demás

frentes abiertos. En cualquier caso, la esforzada labor de Mélida era reconocida: Costa solo aparecía en la cabecera de la sección cuando incluía alguna reseña propia, y pronto empezó a hacerlo solo con la inicial «C».

Cabe preguntarse hasta qué punto la elección de las publicaciones reseñadas correspondía a Mélida, Costa o a ambos. Aunque Mélida tenía a su disposición las bibliotecas del MAN y el Ateneo, varias misivas sugieren que buena parte del material provenía de Costa (cartas 1, 3 y 5), probablemente de la ILE, en última instancia. Además, parece que Costa le sugería lecturas adicionales para informarse, entre ellas su propio libro (cartas 5 y 10). Por otra parte, ciertos asuntos tratados en las reseñas de Mélida son totalmente ajenos a su trayectoria —particularmente lo tocante a etnografía, lingüística y tradiciones populares—, pero sí eran temas predilectos para Costa. Solo en el caso de la escritura de los «ketas» (lúvitas) queda patente que la idea surgió de Mélida (carta 10). Es razonable que ambas iniciativas se combinaran, pero parece que la dirección marcada por Costa tuvo un peso predominante.

Si nos atenemos a su relación epistolar, lo cierto es que el contenido es lo suficientemente superficial como para inferir que no discutían asuntos de calado científico-académico, sino que más bien se ceñían a los aspectos prácticos. En todo caso, algunas alusiones concretas pueden resultar interesantes para comprender el contexto. Por ejemplo, en las cartas 5 y 9 se menciona una misiva de Manuel Sales Ferré, catedrático de Geografía Histórica de la Universidad de Sevilla. Al parecer, Costa se la reenvió a Mélida y este se la devolvió una vez contestada. Pues bien, la carta original de Sales también se ha conservado entre los papeles de Costa (carta 4), lo que aclara la razón de aquel intercambio. Sales quería saber la fuente empleada para la cronología de las culturas caldeas citada en una reseña (Mélida, 1882*d*). En efecto, la autoría pudo resultar confusa y, ante la duda, escribió a Costa.

La cuestión es anecdótica, pero tiene relación con un tema crucial. El interés de Sales es comprensible si tenemos en cuenta que por entonces acababa de publicar *El hombre primitivo y las tradiciones orientales: la ciencia y la religión* (1881) y estaba inmerso en la elaboración de *Compendio de historia universal: edad prehistórica y periodo oriental* (1883-1885). En el primero, cuestionaba la utilidad de las tradiciones literarias para estudiar las sociedades prehistóricas, considerando la intrusión del sentimiento religioso un freno para el avance científico; el segundo constituía la aplicación práctica de aquellos principios a partir de los últimos hallazgos de la arqueología europea. Con estas obras, Sales se consagró como el principal abanderado en España del krausopositivismo y el evolucionismo aplicado a la prehistoria. A su vez, lo convirtieron en el principal blanco de los sectores católicos conservadores, que o bien defendían a ultranza la cronología y relato bíblicos o bien eran partidarios de su conciliación con los nuevos métodos (Beltrán, 2004). Rada, por cierto, fue uno de los principales impulsores de la adopción oficialista de esa segunda opción conciliadora en la *Historia general* dirigida por Cánovas en 1891.

Es significativo que, al año siguiente de aquella carta, Mélida publicase precisamente en el *BILE* una reseña del *Compendio de historia universal* de Sales (Mélida, 1883*c*). Más allá

de alguna apreciación terminológica, hizo una decidida alabanza del método empírico y racionalista que proponía (Casado, 2006: 56-57). Efectivamente, aunque Mérida fuese profundamente católico y en sus novelas aseverase la veracidad de las Sagradas Escrituras (Casado, 2006: 71), en sus aproximaciones a la arqueología próximo-oriental eludió por completo la controversia religiosa, limitándose a la aplicación aséptica de las premisas positivistas (Vidal, 2013: 166-167).

La carta 6 atañe a otro de los temas más polémicos del momento. En ella Mérida advierte a Costa del tono crítico que ha empleado en una de sus reseñas: «Me ha sido imposible resignarme a extraer y no refutar las falsedades y disparates del Sr. Lasalde». Lejos de descartarla, Costa le pidió ampliarla (cartas 7 y 8). Finalmente se publicó (Mérida, 1882g) y, en efecto, es el texto más personal y combativo de Mérida en el *BILE*. Se refiere a una serie de artículos del escolapio Carlos Lasalde (1880-1881) sobre las estatuas ibéricas del Cerro de los Santos (López y Ortuño, 1994). Mérida hizo una dura crítica de su teoría del origen egipcio, sugiriendo, por el contrario, su filiación fenicia (Casado, 2006: 137-138). Esta solo era una pequeña arista de los múltiples debates, nacionales e internacionales, que surgieron a propósito de aquellos descubrimientos, acerca de su autenticidad y adscripción cultural (Sánchez Gómez, 2002: 55-92). Realmente, el asunto concernía directamente a Mérida, en parte por su propia labor de clasificación en el MAN (de hecho, lo menciona en la reseña), y en parte porque involucraba a Rada, quien tiempo atrás se equivocó al afirmar sin reservas que todas las piezas eran auténticas (Casado, 2006: 153-169; Mederos, 2014: 157-160). Más adelante, Mérida se implicaría de lleno, una vez fallecido Rada (Mérida, 1903-1905); por el momento, aprovechó su pequeña tribuna en el *BILE* para pronunciarse por primera vez en aquella controversia que siempre le acompañó.

A finales de 1882 la correspondencia entre Mérida y Costa parece interrumpirse, al mismo tiempo que la sección como tal desapareció. En general, su escasa duración no era algo anómalo en aquella época del boletín, caracterizada por la discontinuidad de las secciones temáticas. No obstante, también resulta coherente con lo que sabemos de la trayectoria de ambos personajes. Por un lado, Costa estaba reduciendo cada vez más su visibilidad en los temas relacionados con la historia antigua, una vez frustradas sus aspiraciones académicas. Haber delegado en Mérida las tareas de la sección puede entenderse como un síntoma de ese proceso personal. Por su parte, la desvinculación de Mérida de la *ILE* parece coincidir con ese cambio de estrategia, deliberada o no, que le llevó a distanciarse de los círculos liberales para relacionarse de una forma más determinante con los sectores conservadores e institucionales.

Además, el contenido de las cartas no denota la existencia de una relación personal entre ellos. Las alusiones más íntimas de Mérida se refieren a los inconcretos problemas de salud con los que excusaba sus retrasos. Sin embargo, mantuvieron el contacto de manera muy puntual, a juzgar por las cartas conservadas, aunque esto es difícil de determinar. En todo caso, las dos últimas, de 1886 y 1896, responden a un contexto muy distinto, y parecen ser la respuesta de Mérida a peticiones previas de Costa. La primera es sobre la solicitud de un libro de egiptología aprovechando el acceso de Mérida a la biblioteca del

MAN (carta 11). Resulta poco esclarecedora la alusión a Eduardo Hinojosa, amigo de Costa y catedrático de la Escuela Superior de Diplomática. Más misteriosa aún es la referencia a Rada, descartando la posibilidad de pedirle la obra en cuestión «por motivos que V. comprenderá»; quizá se refiriese al hecho de que se trataba de su superior.

La última remite de nuevo al Cerro de los Santos (carta 12). Como ya hemos comentado, Costa estaba muy interesado en la epigrafía paleohispánica y la estatuaría ibérica. Ignoramos el motivo que lo propició, pero en 1896 Mélida le hizo llegar un calco de la inscripción de un busto del Museo de Albacete realizado por Rafael Serrano Alcázar, diputado y hombre fuerte del Partido Conservador en la provincia. No hemos podido localizar el calco, pero por la descripción que hace Mélida de la pieza (busto acéfalo con collar e inscripción), parece tratarse de una de las estatuas de Montealegre del Castillo, aún en el Museo de Albacete con el número de inventario CE00012 (Simón, 2013: 107). Quizá no por casualidad, Arthur Engel se hizo eco de su existencia poco antes (Engel, 1893: 84) y volvió a mencionarla precisamente el año de esta misiva, describiéndola como «la seule pièce intéressante de ce triste embryon de musée!» (Engel, 1896: 204). En general, Costa estaba atento a las noticias hispanas de la *Revue Archéologique*<sup>9</sup>, donde Engel publicó esta nota. Probablemente aquello despertó su curiosidad, y recurrió a su antiguo compañero del *BILE*, que conocía tan bien aquella colección.

## 5. Conclusiones

La relación entre Mélida y Costa no estuvo presidida nunca por contenidos o principios doctrinales. Es un buen ejemplo de cómo dos perfiles que frecuentaban ambientes distintos encontraron en la transversalidad de los entornos académicos la coartada perfecta para tender vínculos y establecer sinergias. De su colaboración editorial se pueden inferir patrones de interacción social y dinámicas de relaciones clientelares, dentro de un engranaje académico repleto de pliegues y repliegues ideológicos que caracterizaron algunas «relaciones interesadas». La casuística nos ha enseñado que la delgada línea de la frontera ideológica es adaptada muchas veces a la consecución de metas profesionales. En el caso de Mélida, las evidencias muestran su predisposición a interactuar y relacionarse con personas de distintas sensibilidades ideológicas y cómo su cercanía a los círculos de poder —sobre todo en el ámbito laboral y funcional— fue concebida más como un medio que como un fin. Mélida carecía de la ambición pedagógica de Costa. Sin embargo, a ambos les unía la vocación reformista y europeísta, y, sobre todo, una suerte de «patriotismo cultural» en el que la arqueología habría de convertirse en espacio de convergencia donde poner en valor la cultura nacional, en sintonía con los preceptos nucleares del regeneracionismo y la ILE.

9. Carta de Joaquín Costa a Rafael Altamira, con fecha de 6 de diciembre de 1891 (Cheyne, 1981: 53).

Costa, al contrario que Mérida, nunca supo rentabilizar sus numerosos contactos para prosperar en el mundo académico, tanto por ineptitud personal como por su estricto idealismo. En todo caso, su relación con Mérida es una buena muestra de la variedad de relaciones que cultivó en la práctica marginal de su vocación frustrada. A su manera, Costa estuvo inmerso en el turbulento proceso de conformación de la arqueología española, contribuyendo a su proyección historiográfica, divulgativa y didáctica; su impulso desde el *BILE* tuvo ese sentido. Sin embargo, apenas podría intuirse el alcance de esta implicación sin la documentación personal: por sus peculiares circunstancias, es un ejemplo excelente de la verdadera importancia y operatividad de las dinámicas invisibles, las redes de contacto e intercambio que actúan soterradamente en el complejo proceso de conformación de toda disciplina.

## Nota

Este trabajo se enmarca en el proyecto I+D+i: *Antigüedad, nacionalismos e identidades complejas en la historiografía occidental: De la historiografía académica a la cultura de masas en Europa y América Latina (1870-2020)* (PID2020-113314GB-I00).

## Bibliografía

- AGUILERA DURÁN, T., 2014, Homéricos revolucionarios: la Iberia prerromana desde el prisma socialista, en M. C. CERRO *et al.* (eds.), *Economías, comercio y relaciones internacionales en el Mundo Antiguo*, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 417-441.
- AGUILERA DURÁN, T., 2017, La disciplina herética: la arqueología como arma ideológica a finales del siglo XIX, en M. AYARZAGÜENA *et al.* (eds.), *150 años de Historia de la Arqueología: teoría y método de una disciplina*, Sociedad Española de Historia de la Arqueología, Madrid, 1117-1131.
- ALTAMIRA CREVEA, R., 1891, *La enseñanza de la historia*, Fortanet, Madrid.
- ALTAMIRA CREVEA, R., 1892, Enseñanza de la arqueología nacional, *BILE* XVI/361, 52-55.
- ARA TORRALBA, J. C., 2011, Costa emancipado de la tutela de Giner: acerca del borrador de la carta de septiembre de 1897, *BILE* (segunda época) 82, 39-50.
- BELTRÁN FORTES, J. L., 2004, Manuel Sales y Ferré, en M. AYARZAGÜENA y G. MORA (eds.), *Pioneros de la arqueología en España (del siglo XVI a 1912)*, Museo Arqueológico Regional, Alcalá de Henares, 215-221.
- CAPELLÁN DE MIGUEL, G., 2011, Costa y Giner, de la *Revista Europea* al *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, *BILE* (segunda época) 82, 15-26.

CASADO RIGALT, D., 2006, *José Ramón Mélida y la arqueología española*, Real Academia de la Historia, Madrid.

CASADO RIGALT, D., 2008, Arqueólogos e hispanistas franceses a través del archivo familiar de José Ramón Mélida (1900-1933), en G. MORA et al. (eds.), *Documentos inéditos para la historia de la arqueología*, Sociedad Española de Historia de la Arqueología, Ciempozuelos, 319-329.

CASADO RIGALT, D., 2015, La simbiótica relación de dos arqueólogos con trayectorias divergentes y objetivos comunes en el último tercio del siglo XIX. José Ramón Mélida y Emil Hübner, *Madrider Mitteilungen* 56, 475-495.

CHEYNE, G., 1971, *Joaquín Costa, el gran desconocido: esbozo biográfico*, Ariel, Barcelona.

CHEYNE, G., 1981, *Estudio bibliográfico de la obra de Joaquín Costa (1846-1911)*, Guara, Zaragoza.

CHEYNE, G., 1983, *Epistolario de Joaquín Costa y Francisco Giner de los Ríos: 1878-1910*, Instituto de Estudios Agrarios, Zaragoza-Madrid.

CHEYNE, G., 1992, *El renacimiento ideal: epistolario de Joaquín Costa y Rafael Altamira (1888-1911)*, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, Alicante.

COSTA MARTÍNEZ, J., 1877, La religión de los celtas españoles, *BILE* I/3, 9-10 y 5, 17-18.

COSTA MARTÍNEZ, J., 1879a, Organización política, civil y religiosa de los celtíberos, *Revista de España* LXVII/268, 490-518 y 269, 63-79 (reeditado como libro en 1879, M. P. Montoya y Compañía, Madrid).

COSTA MARTÍNEZ, J., 1879b, La España primitiva, según F. Fita, *Revista Europea* VI/292, 406-415.

COSTA MARTÍNEZ, J., 1882a, Antiguas civilizaciones en el Sáhara, *BILE* VI/130, 157-158.

COSTA MARTÍNEZ, J., 1882b, Opinión de Vauban acerca del gobierno de los españoles en Flandes, *BILE* VI/135, 214-215.

COSTA MARTÍNEZ, J., 1882c, Una hipótesis de Rhys sobre los pobladores del Cuneus, *BILE* VI/141, 289-290.

COSTA MARTÍNEZ, J., 1882d, La doctrina de la inmortalidad del alma entre los semitas, *BILE* VI/141, 287-288.

COSTA MARTÍNEZ, J., 1891-1895, *Estudios ibéricos*, Tipografía de San Francisco de Sales, Madrid.

DÍAZ ARIÑO, B., 2003, Correspondencia de Joaquín Costa con Fidel Fita y Emilio Hübner, *Boletín del Museo de Zaragoza* 17, 139-171.

## Anexo

### 1. Tarjeta de José Ramón Mérida a Joaquín Costa. Madrid, s. f.<sup>10</sup>

Distinguido amigo Sr. Costa:

Mil gracias por lo recibido, de que va adjunto el recibo.

Cuenta V. con original mío para el 30, sobre los trabajos que V. tuvo la amabilidad de enviarme.

De usted affmo. a. q. b. s. m.

José Ramón Mérida y Alinari

Hortaleza, 32, pral.

### 2. Carta de José Ramón Mérida a Joaquín Costa. Salado, 27 de mayo de 1882<sup>11</sup>

Sr. D. Joaquín Costa.

Distinguido amigo:

Mil y mil perdones por haberle hecho a V. esperarme en valde. Me fue de todo punto imposible estar en la Institución a la hora de la cita.

Si V. puede esperarme esta tarde a la misma hora, sin que le cause molestia de alguna especie, nos veremos con toda seguridad.

Ruego a V., nuevamente, me dispense y créame su afmo. amigo s. s. q. b. s. m.

José Ramón Mérida

Salado, 27, Mayo, 82.

### 3. Carta de José Ramón Mérida a Joaquín Costa. Lisboa, 16 de junio de 1882<sup>12</sup>

Lisboa, 16 de Junio del 82.

Sr. D. Joaquín Costa.

Distinguido amigo:

Adjunto [sic] va la Revista y el artículo bibliográfico de cuya inserción en cualquier periódico me dijo V. haría favor de encargarse.

La Revista, yo no sé si es demasiado larga. Como soy un mal aprendiz del oficio no acierto bien aún a extraer convenientemente los artículos. De todos modos, el de el [sic] muérdago de encina<sup>13</sup> está en letra muy ancha y ocupará poco.

Yo pensaba estar ya en esa; pero esta Exposición<sup>14</sup> se ha prorrogado hasta el 19 del presente y hasta el 22, o por ahí, no creo que nos veamos.

El artículo sobre la escultura caldea<sup>15</sup> me lo remitieron de Madrid, y me dijeron que al propio

10. ES/AHPHU - COSTA/000098/102-2H(8609), <http://aplicaciones.aragon.es/opac/app/item/?vm=.3.116.125.129.235.375265&i=383555>.

11. ES/AHPHU - COSTA/000098/102-2I(8787), <http://aplicaciones.aragon.es/opac/app/item/?vm=.3.116.125.129.235.375265&i=383673>.

12. ES/AHPHU - COSTA/000007/013-02(0661), <http://aplicaciones.aragon.es/opac/app/item/?vm=.3.116.125.129.235.375265&i=375821>.

13. Mérida, 1882f.

14. Exposición Retrospectiva de Arte Ornamental Portuguesa y Española celebrada en Lisboa y a la que acudió como miembro de la comisión organizadora (Casado, 2006: 49-50).

15. Mérida, 1882d.

tiempo tuvo V. la bondad de enviarme un libro, que he deducido debe ser el de V. sobre los Celtíberos. Hallándome aquí sin él me he valido de la Revista de España<sup>16</sup>, donde lo publicó V. primero, para la referencia que he hecho a propósito de los Druidas. No sé si habré acertado. Muchas gracias por todo y mande V. como guste a s. afmo. s. s. q. b. s. m.

José Ramón Mélida

Vivo en el Hotel de Lisboa.

#### 4. Carta de Manuel Sales a Joaquín Costa. Sevilla, 25 de julio de 1882<sup>17</sup>

Señ. D. Joaquín Costa.

Muy Señ. mío y distinguido compañero: En el Boletín de la Institución Libre de Enseñanza, núm.º 130, p. 155, primera columna, leo «En la historia de Caldea hay que distinguir varios periodos: el antediluviano o mítico (primera dinastía del imperio egipcio); la edad heroica, en la cual los caldeos aparecen separados de los egipcios; y, por último, el propiamente histórico, cuyo punto de partida es la conquista meda, acaecida, según los últimos descubrimientos, en el siglo xx antes de la Era Cristiana, mucho antes de los progresos de la civilización que patentizan los monumentos».

Como todo esto, de la primera hasta la última letra, contradice lo que yo conozco sobre los orígenes de las poblaciones caldeas y el primer periodo de su historia, le agradeceré muchísimo que se sirva decirme de qué fuente lo ha tomado. Si no fuese V. el autor de estas líneas sino su compañero Sr. Mélida, me atrevo a suplicarle que se sirva darle a leer esta carta y sume su ruego al mío para que satisfaga mi deseo.

Anticipándole las gracias tiene mucho gusto en ofrecerse de V. affmo. y att. s. s. q. b. s. m.

Manuel Sales

Sevilla Julio 25/82.

#### 5. Carta de José Ramón Mélida a Joaquín Costa. [Madrid], 5 de septiembre de 1882<sup>18</sup>

Amigo Costa:

He llegado a Madrid hace dos días; y como siempre que sale uno de veraneo<sup>19</sup>, me aguardaban muchas ocupaciones que reanudar. Por tanto, no para el 8, sino para el 18, tendrá V. la Revista. Todo lo que V. me indica me parece demasiado para un número; pero irá lo que pueda hacer. En cuanto al Sr. Sales<sup>20</sup> yo le contestaré; pero necesito su dirección. Agradeceré a V. me remita un par de ejemplares del número del Boletín en que se publicó mi última Revista (30 de Junio a 8 de Julio), pues no lo tengo y me hace falta para contestar al Sr. Sales.

De V. affmo. s. s. q. b. s. m.

José Ramón Mélida

Martes 5, Set. 82.

16. Costa, 1879a.

17. ES/AHPHU - COSTA/000007/013-02(0639), <https://dara.aragon.es/opac/app/item/?vm=0&i=375857>.

18. ES/AHPHU - COSTA/000007/013-02(0653), <http://aplicaciones.aragon.es/opac/app/item/?vm=.3.116.125.129.235.375265&i=375820>.

19. Aquel verano recibió una beca para visitar museos europeos (Casado, 2006: 81).

20. Manuel Sales Ferré, arqueólogo y sociólogo, catedrático de la Universidad de Sevilla.



**6. Carta de José Ramón Mélida a Joaquín Costa. s. l., 16 de septiembre [de 1882]<sup>21</sup>**

Distinguido amigo Costa:

Ahí va la Revista. No sé si será del gusto de V. el resumen de lo de Lasalde sobre las antigüedades de Yecla<sup>22</sup>. Si cree V. que no está acomodado a la índole de la Revista, no lo publique. Me ha sido imposible resignarme a extractar y no refutar las falsedades y disparates del Sr. Lasalde.

De V. afmo. s. s. que b. s. m.

José R. Mélida

Set. 16

**7. Tarjeta de José Ramón Mélida a Joaquín Costa. Madrid, s. f.<sup>23</sup>**

Distinguido amigo Costa:

No tengo inconveniente, sino mucho gusto, en ampliar lo de Yecla y lo de Coelho<sup>24</sup>. Mándeme V. con la dadora los originales de ambas cosas. Se lo devolveré lo antes posible.

De V. affmo. a. s. s.

José Ramón Mélida y Alinari

Hortaleza, 32, pral.<sup>25</sup>

**8. Tarjeta de José Ramón Mélida a Joaquín Costa. Madrid, 21 de septiembre [de 1882]<sup>26</sup>**

Amigo Costa:

Adjuntos van los artículos reformados. En el de Coelho no he puesto más ejemplos, porque no he hallado otros de interés ni a propósito para extractar.

De V. affmo. s. s.

José Ramón Mélida y Alinari

Jueves, 21, Set.

Hortaleza, 32, pral.

**9. Carta de José Ramón Mélida a Joaquín Costa. s. l., 28 de septiembre [de 1882]<sup>27</sup>**

Apreciable amigo:

Adjuntas van las pruebas corregidas y los números de la Revista de Coelho y el opúsculo de Gaidoz<sup>28</sup>.

Tal vez para antes del 15 de octubre remitiré a V. el artículo sobre la Asociación de Excursiones.<sup>29</sup>

21. ES/AHPHU - COSTA/000007/013-02(0662), <http://aplicaciones.aragon.es/opac/app/item/?vm=.3.116.125.129.235.375265&i=375809>.

22. Mélida, 1882g. Carlos Lasalde Nombela, filólogo y arqueólogo, sacerdote del colegio escolapio de Yecla.

23. S/AHPHU - COSTA/000007/013-02(0596), <http://aplicaciones.aragon.es/opac/app/item/?vm=.3.116.125.129.235.375265&i=375819>.

24. Mélida, 1882g y 1882j. Francisco Adolfo Coelho, filólogo y etnógrafo portugués.

25. La tarjeta no está fechada, pero contrastando con las cartas 5 y 7, probablemente se escribió entre el 16 y el 21 de septiembre de 1882.

26. ES/AHPHU - COSTA/000093/027-03(7830), <http://aplicaciones.aragon.es/opac/app/item/?vm=.3.116.125.129.235.375265&i=382694>.

27. ES/AHPHU - COSTA/000007/013-02(0628), <http://aplicaciones.aragon.es/opac/app/item/?vm=.3.116.125.129.235.375265&i=375811>.

28. Mélida, 1882j y 1882h. Henri Gaidoz, arqueólogo francés.

29. Finalmente, este artículo se publicó en enero del año siguiente (Mélida, 1883a).

La continuación de lo de Coelho me figuro que piensa V. hacerlo, cuando me lo pida. La Revista para el 30 de octubre cuenta V. con ella.

Contesté al Sr. Ferré y devuelvo a V. su carta.

Cuando me envíe el Boletín próximo le suplico me dé tres ejemplares.

De V. affmo. s. s.

José Ramón Mélida

Jueves 28 set.

### 10. Carta de José Ramón Mélida a Joaquín Costa. s. l., s. f.<sup>30</sup>

Distinguido amigo Sr. Costa:

Con la corrección de pruebas de un libro que estoy imprimiendo<sup>31</sup>, y con los nublados que padece mi salud no he podido ocuparme de la Revista que le prometí hasta estos últimos días. La he comenzado; pero lo de las Novelas populares<sup>32</sup> me parece demasiado importante para hacerlo deprisa, y como el tiempo apremia escribo a V. previniéndole que no puedo entregarle la Revista para el n.º del 30. Sin embargo, si V. hubiese contado con ella y no tuviese con qué sustituirla avísemelo V. y esta noche lo concluiré, pues tengo empezado lo de las Novelas y hecho un extracto de cierto artículo muy curioso sobre la escritura de los Kettas<sup>33</sup>.

La Revista de Ciencias Históricas de Barcelona no la hay en el Ateneo; de manera que si V. quiere que la vea será menester me proporcione el medio que crea mejor y más fácil.

De V. affmo. s. s. q. b. s. m.

José Ramón Mélida<sup>34</sup>

### 11. Carta de José Ramón Mélida a Joaquín Costa. s. l., 29 de julio de 1886<sup>35</sup>

Sr. D. Joaquín Costa.

Apreciable amigo: Ni en el índice de la Biblioteca del Museo he podido encontrar el Brugsch<sup>36</sup>, ni ninguno de mis compañeros lo tiene ni recuerda haberlo visto. Debe haber error por parte del Sr. Hinojosa<sup>37</sup>, pues me parece recordar que hace tiempo lo busqué yo con tan mal éxito como ahora. Pudiera tenerlo Rada<sup>38</sup> y no estar en el índice por ser este de formación reciente; pero por motivos que V. comprenderá no me es factible averiguarlo.

Siento el mal éxito de mis pesquisas.

30. ES/AHPHU - COSTA/000007/013-02(0548), <http://aplicaciones.aragon.es/opac/app/item/?vm=-.3.116.125.129.235.375265&i=375815>.

31. Podría tratarse del catálogo *Sobre los vasos griegos, etruscos é italo-griegos del Museo Arqueológico Nacional*, o la novela *Diamantes americanos*, ambos publicados ese año.

32. Mélida, 1882k.

33. Mélida, 1882l.

34. La carta no está fechada, pero se refiere a reseñas publicadas en noviembre y diciembre de 1882; teniendo en cuenta que las anteriores salieron en el número del 30 de septiembre, cabe suponer que esta carta la escribió en algún momento de octubre o noviembre.

35. ES/AHPHU - COSTA/000049/008-03(4551), <http://aplicaciones.aragon.es/opac/app/item/?vm=-.3.116.125.129.235.375265&i=379601>.

36. Probablemente alguna obra del egipólogo alemán Heinrich Karl Brugsch.

37. Eduardo Hinojosa Naveros, historiador y jurista, catedrático de la Escuela Superior de Diplomática.

38. Juan de Dios de la Rada Delgado, arqueólogo, conservador del MAN y catedrático de la Escuela Superior de Diplomática.

Dispense V. haya tardado tanto en contestarle, pero estoy malo, hasta anteayer no pude bajar al Museo, y por efecto de la debilidad cerebral que me tiene de holgazán forzoso, no he podido escribir a V. hasta hoy.

Siempre suyo affmo. s. s. q. b. s. m.

José Ramón Mérida

29 Julio 86

## 12. Carta de José Ramón Mérida a Joaquín Costa. s. l., 13 de octubre de 1896<sup>39</sup>

Señor

D. Joaquín Costa.

Distinguido amigo: A la amabilidad del Sr. D. Rafael Serrano Alcázar<sup>40</sup> debo el adjunto calco de la inscripción del busto sin cabeza existente en el Museo de Albacete. El collar del busto es igual al de varios bustos de Yecla.

Tiene mucho gusto en servir a V. su atento afmo. amigo s. s. q. b. s. m.

José Ramón Mérida

13, Octubre, 96.

39. ES/AHPHU - COSTA/000037/002-59(4198), <http://aplicaciones.aragon.es/opac/app/item/?vm=.3.116.125.129.235.375265&i=379197>.

40. Abogado y escritor, jefe del Partido Conservador en la provincia de Albacete y entonces diputado por Almansa.